

gos son los que ejecutan esta obra de su misericordia, y abandonándose ellos á su inicuo ministerio, con aquel delito completan sus designios, y el mismo Jesucristo acaba nuestra redencion. La cruz es una cátedra en que se presenta al universo como su Legislador supremo, confirmando con su ejemplo lo que nos quiso enseñar en su mision augusta; es un trono en que está elevado, y aunque una ignominia pasajera esconde su magestad, desde allí descubre toda la extension de su virtud y de su imperio.

Habia predicho que cuando seria puesto en la cruz, todo lo atraeria á sí; y ya todo lo atrae, ya ve á los reyes humillados, y á las naciones puestas á sus piés. Extiende una de sus manos al oriente y otra al occidente para escoger sus escogidos, que estan en diversos lugares y son de diferentes siglos. Hace titubear como Sanson á la ignorancia y á la impiedad, que son las dos columnas del templo en que el demonio se hacia adorar; y cuando con su soberano poder alumbra, persuade y atrae á los que su padre le envia, rompe, vence y destroza todo lo que se opone á su reino, todo lo que resiste á su victoria.

Pero lo que en este misterio debe interesarnos mas son los evidentes testimonios de su infinita bondad, y del amor incomprendible que tiene á sus criaturas. ¿Cómo es posible no enternecerse hasta lo mas íntimo del alma, viendo que el Hijo

único de Dios descendiende en medio de nosotros, se une con nuestra naturaleza degradada, se asocia á la familia humana tan despreciable y desgraciada, se hace el primogénito, y el mas perseguido de los hombres, toma sobre sí las humillaciones y castigos que habiamos merecido, se alimenta de los frutos amargos que produce la tierra ingrata, habita en un suelo maldito, y recoge para sí todos los horrores de la ignominia, del dolor y de la muerte para procurarnos á tanta costa suya la inocencia, la paz y la inmortalidad de su gloria?

¿Y por quién hace tan grandes y tan inauditos sacrificios? Por nosotros que éramos sus enemigos, y que no estábamos pesarosos de serlo; por nosotros que á tantos delitos de flaqueza añadimos otros mayores de incredulidad, de obstinacion y protervia. Una sentencia que parecia irrevocable habia ya pronunciado nuestra condenacion. Dios se la debia á su justicia; pero entonces habló por nosotros su misericordia, y entonces fué cuando este Padre piadoso nos sacrifica á su Hijo único, eterno objeto de su amor, y entonces fué cuando este Hijo Divino consiente gustoso en morir por nosotros.

Este prodigio de bondad en favor de pecadores tan injustos como ingratos será eternamente un abismo, á que jamas alcanzarán las celestes inteligencias, y todas se postrarán temblando en la presencia del Altísimo sin poderle medir ni

comprender. ¿Cómo le alcanzarán pues las inteligencias humanas? Pero por lo mismo que está tan arriba de sus pensamientos, es mas digno de Dios, y nosotros mas inexcusables de querer hallar en la inmensidad del beneficio un pretexto á nuestra ingrátitud.

Así es como la inmensa bondad de Dios derramó de lleno sus riquezas para la reparación del hombre, sin que su santidad y su justicia perdiesen ninguno de sus derechos. Desde que la maldición fué pronunciada contra Adán y su posteridad, Dios no se podia aplacar sin una satisfacción correspondiente, y sin que el hombre hiciera penitencia. ¿Pero qué penitencia podia hacer el hombre, si Dios no se la inspiraba con su gracia? ¿Y cómo podia inspirársela mientras era objeto de su cólera por la vista de su iniquidad? ¿Cómo podia su justicia dispensarle tan alto beneficio sin que estuviese reconciliado? ¿Y cómo reconciliarle sin que estuviese su justicia satisfecha? El orden que quedó trastornado por el pecado, no podia restablecerse sino por el castigo del delincuente, y la Magestad de Dios ofendida exigía la pena de la culpa: Jesucristo cortó todas estas dificultades; se revistió de la naturaleza humana, para que la justicia divina se satisficiera en ella; se sometió á la maldición, y sometiéndose la destruyó.

De este modo todos los intereses se acomoda-

ron. La justa indignacion de Dios quedó vencida y desarmada por una satisfaccion que igualaba y aun excedia la malicia de la ofensa. Su Magestad suprema fué mas glorificada con la muerte y obediencia de su Hijo Divino, que pudo ser ultrajada con la desobediencia del esclavo rebelde; y en fin, los meritos del Hombre Dios, destruyendo al pecado, aplacaron la justicia, cuya severidad amenazaba al pecador, y excitaron en su favor las dulzuras de la misericordia.

Me he detenido, señor, en este misterio para haceros ver, que no obstante que es incomprendible, contiene en sí para nosotros grandes instrucciones, dulces consuelos, y admirables ejemplos. ¿Qué grande es Dios! Pues solo las humillaciones del Hombre Dios podian ser satisfaccion proporcionada á su grandeza. ¿Qué santo es Dios! Pues era menester la sangre de un Hombre divino para que le fuese la víctima agradable. ¿Qué justo, qué terrible es Dios! Pues sola la muerte de un Hombre Dios le podia aplacar. ¿Qué horrible es el pecado! Pues para borrarle y perdonarle ha sido necesario tal Pontífice, tal sacrificio, tal hostia.

De la misma manera todos los demas misterios nos son útiles; y aunque el hombre no los comprenda en esta vida, no hay ninguno que no tenga su utilidad particular. Todos sirven de basa á la religion, á su doctrina sublime, y á su moral

puro. No se citará una verdad útil que no la haya enseñado en ellos Jesucristo, desenvolviéndola en toda su extensión y plenitud. Este divino Maestro es el único que ha dado al hombre una idea justa y digna de su Dios; es el único que le ha hecho conocer su Criador, este Criador que habia abandonado para sustituirle divinidades engañosas. ¿Qué otro legislador ha explicado con tanta grandeza y dignidad la naturaleza de este Dios escondido? ¿Quién nos ha descubierto con tanta claridad sus perfecciones, sus designios, y sobre todo los juicios que hace de las acciones de los hombres?

Escuchad lo que os han dicho de este Dios los legisladores mas ilustres, los filósofos mas sábios. Sus limitadas concepciones no podian figurar mas que dioses conformes á sus pequeñas ideas. Por mas que se esforzaban á volar con su débil espíritu, no podian levantarse mas arriba de su corta esfera. Se perdian en los espacios que querian correr, y su imaginacion confundida y extraviada volvía á caer en el vacío de su pequeñez, ó producía abortos monstruosos de su delirio, y poco dignos de la suprema Magestad. Los unos le hacian indolente, los otros los multiplicaban, y hacian dioses que se les parecian á ellos; pues les daba las mismas pasiones que ellos tenían, y hacian consistir su felicidad en placeres groseros, que no los hacian felices á ellos mismos.

¿Qué diferencia de esto al Dios que nos enseña Jesucristo! Era menester ser Dios para conocerle tan bien y poderlo explicar con tanta grandeza y propiedad. Así fué el primero que pudo dar á los hombres ideas tan altas y sublimes de su naturaleza. Este Dios es *el que es*: el que existe por sí mismo, el Ser por esencia, la plenitud y el principio del ser. Es único y solo; porque siendo el que es por su propia naturaleza, es necesariamente indivisible, no puede tener compañero. Es el Señor de todo, porque todo lo ha criado. Es inmenso, infinito, y está presente en todo, porque todo lo llena con su gloria, porque todo lo sostiene con su poder, porque todo lo dirige con su sabiduría, y todo lo dispone con su providencia.

Desde el centro de su inaccesible eternidad en que era para sí mismo reposo, felicidad y trono, desenrolló toda la serie de los siglos, ordenó las generaciones futuras, señaló á cada criatura, aun ántes de sacarla de la nada, el espacio que debía ocupar en el universo, y la destinó las funciones de su ministerio. Es la luz universal que ilumina las inteligencias de todos los lugares. Es un testigo secreto pero vigilante que penetra los rincones mas ocultos del corazón, y hasta el pliegue mas recóndito de la conciencia. Es la verdad inflexible, la regla inmutable de nuestros pensamientos, juicios y acciones; pero regla viva, que

muestra al hombre obligaciones que le confunden cuando las viola, ó le consuelan cuando las desempeña.

Es santidad por esencia; condena todo lo que no es justo y arreglado. Se ofende de lo que nos mancha y envilece. Es la justicia soberana, y si sufre que por un tiempo el pecador viole su ley, que oprima á la virtud, ó que persiga á la inocencia, no es por insensibilidad ni por flaqueza; pues despues que deja triunfar pocos momentos á los malos, destruye su falsa alegría, y los hace tan infelices como fueron culpados. Pero los castiga como por fuerza, y por la necesidad de su justicia, pues es por sí mismo bondad infinita. Nos amaga como sus hijos, y miéntras nos dura la vida, nos aguarda y excita al arrepentimiento y penitencia. Es el único fin, y el soberano bien; de su excelso trono sale un rio de paz y de gloria; su felicidad será la nuestra, si la deseamos y la merecemos, si le servimos sin buscar mas aprobacion que la suya, y si con ella nos consolamos del desprecio y la censura de los hombres.

Ve aquí el Dios que nos ha descubierto Jesucristo, el Dios que nos hace adorar, Dios que los hombres no habian conocido, y que él solo nos ha manifestado. ¿Pero cómo podian conocerle, si ne se conocian ellos mismos? Antes de su venida ignoraban su propio origen, su naturaleza y su fin. Cuando perdieron la gracia no perdieron el

deseo de su felicidad; pero confundieron todas sus ideas, y no les quedó ninguna para discernir los bienes verdaderos de los falsos. Toda la esfera de su ambicion estaba confinada en esta breve vida, sin desear ni considerar que habia otra que debia ser eterna.

Jesucristo fué el que les descorrió el velo que habia puesto sobre sus ojos el pecado. Les enseñó que su origen es celestial, que fueron hechos á la imágen de Dios, y que le son semejantes: les hizo ver la excelencia de su naturaleza, les descubrió los extravíos á que los sentidos los arrastran, les hizo examinar su propio corazon, para que sintieran que nada les puede satisfacer mas que la suprema verdad cuando la vean claramente y sin velo: les instruyó de la grandeza y santidad de su destino; y en fin, les hizo ver que fueron criados para ser eternos, que son mas grandes que cuanto debe acabar, y que no pueden sin vileza sujetarse ni depender sino de tan soberano Criador.

No fué para excitar su orgullo el descubrir Jesucristo á los hombres tanta gloria; pues al mismo tiempo que les manifestó su noble origen, y sus excelsas esperanzas, no les dejó ignorar ni el peligro de sus males, ni la profundidad de sus miserias: y para convencerlos les declara que todos son culpados; todos enemigos de Dios, incapaces de recobrar su gracia con solos sus esfuerzos; que

sin su luz quedarían en tinieblas eternas; que sin su sacrificio serían condenados á la muerte del alma; que la verdadera vida consiste en conocerle y conocer á su Padre que le ha enviado; que el principio de la vida, que debe ser eternamente feliz, depende de la fe en sus merecimientos; que toda religion que no le adora es supersticiosa y vana, y que toda filosofia que sin su nombre promete reformarlos y hacerlos felices, es impiedad y delirio.

En fin, Jesucristo ha sido el único que ha dado ideas justas de los bienes y los males verdaderos. El divino Legislador elevó las almas inmortales á pensamientos dignos de ellas. Puso por fundamento de su religion una vida futura, en ella una gloria sin fin, ó una desgracia eterna: nos descubrió en un rasgo los males de que es preciso huir, y los bienes que debemos buscar. Nos persuadió que la virtud no es nombre vano, y que tiene derecho para aspirar á dichas inmortales; que debe ser preferida á todo, aunque alguna vez en la tierra se vea oprimida y desdichada; que la voluntad de Dios es la suprema ley; que el hombre le debe una obediencia sin reserva, y que no puede sostenerse ni ser feliz sino por ella; que todo lo que existe en el mundo huye y se desaparece como el humo; que solo las acciones morales tienen una existencia que dura, mas allá de los tiempos, y que el que no las ha conformado á

la divina ley, no puede hallar en la eternidad mas que dolores que no acaban, é ignominias que no cesan.

No solo Jesucristo nos ha declarado sin oscuridad estas verdades espantosas, sino que las anunció con tal autoridad, á pesar del terror que inspiran, y de la repugnancia con que debía oír las una naturaleza flaca y corrompida, que logró millones de victorias, y desde su tiempo á nuestros dias ha continuado sus conquistas, perpetuando en innumerables corazones el efecto de su persuasión. El supo superar en ellos todos los obstáculos del mundo y de la carne, sometió todas las resistencias, disolvió todos los argumentos, dispuso todas las dudas, sosegó todas las agitaciones, y puso fin á todas las solicitudes. Jesucristo nos propuso tan poderosos motivos, y nos los hizo tan sensibles, que consiguió convencer el entendimiento, y también calmar al corazón; pues el ejercicio de sus máximas le hace experimentar aquella dulce paz, que solo puede darle la posesión de la verdad.

De estos principios ha nacido la hermosura del moral cristiano: moral cuya pureza y elevación jamás los hombres habían podido conocer: moral digno de Dios, y el único que los hombres han visto proporcionado á su flaqueza, y que es remedio entero de sus necesidades. Echad los ojos.... Pero, señor, veo que me iba á echar al

mar con imprudencia. Este es asunto vasto, pié de tiempo, y ya es tarde. Por otra parte veo que abuso de vuestra paciencia. Si sois tan bueno que todavía no estais cansado de mi importunidad, mañana podré tratarle con vuestra licencia. Verdaderamente, Teodoro, que yo no podia mas; te confieso que ya no me cabian tantas ideas en la cabeza, y como que me senti aliviado de que él mismo se interrumpiese. Le dí gracias, y se fué citándonos para el otro dia.

¡Pero cómo quedé, Teodoro mio! Estaba como un hombre, que habiendo pasado muchos años á oscuras, se le diera de repente luz, y se le presentaran con ella en perspectiva grandes y bellos objetos que nunca hubiera visto: templos magníficos, fortalezas formidables, jardines deliciosos, palacios suntuosos en que brillara la pompa mas lucida. El creyera ver todo esto. No pudiera dudarle, pues los tiene delante de sus ojos, y fija en ellos la vista; con todo, aturdido de la novedad no se determina á tenerlos por ciertos: teme que no sean vapores, apariencias ó fantasías de un sueño, y que él mismo se seduce; recela que una ilusion mágica le engañe, y esta inquietud de espíritu le atormenta mas de lo que le recrea tan deliciosa vista.

Este era el efecto que producian en mí los discursos del padre. Me mostraba cosas grandes, magníficas y nuevas para mí, que sorprendian mi

imaginacion y la llenaban de asombro. Yo me espantaba de hallar tanto que yo no sabia, y que me hacia parecer muy pequeño á mis propios ojos; pero todo esto léjos de consolarme me inquietaba, porque solo veia verdades que me inspiraban terror, cuando volvia los ojos sobre mí.

Ya empezaba á divisar este plan prometido; ya traslucia algun cosa del órden admirable, de la armonía y arreglado concierto que me estaba anunciado. Las profecías me parecian tan difíciles de prever en su origen, como fáciles de entender con los sucesos. Yo le escuchaba razones sin réplica, reflexiones llenas de evidencia; buscaba donde podia estar el error ó el engaño, y no encontraba mas que razon y solidez. El designio de Jesucristo me pareció vasto, su intento de reformar los hombres le tenia por divino, su lógro me llenó de asombro. Sentí todas las dificultades, admiré los medios; y despues de esto decia entre mí: Sus predicciones son tan justas, sus milagros parecen tan probados, que casi es imposible no confesar que es Dios; pues solo Dios es capaz de todo esto.

¡Pero es posible que sea verdad.... ¡Cómo es posible que no lo sea, si tantos testigos.... ¡Ah Teodoro! ¡qué hubiera dado por tenerte allí, y á todos nuestros amigos! ¡Qué hubiera dado por que hubieras oido lo que yo, para ver lo que podias decir! ¡Qué hubiera dado para que el intré-

vido Roberto, que con su Voltaire, que sabe de memoria, es tan inexorable en sus violentos sarcasmos contra la religion, hubiera escuchado á este buen padre, que parece tan sencillo y modesto! Apuesto á que le hubiera hecho bajar el tono, y que hubiera perdido su insolencia. En fin, yo no sabia cómo desenredarme del embarazo en que me habia metido. Empezaba á temer acabar por ser víctima de su persuasion, y hacia cuanto podia para armarme contra tantos prestigios. En la que seguirá á esta, te contaré lo que me dijo sobre el moral del Evangelio. A Dios, amigo.

CARTA XIV.

EL FILÓSOFO A TEODORO

APENAS, Teodoro mio, al otro día vino el Padre, cuando yo le presenté mi extracto concebido así:

El Padre ha probado hoy la verdad de la religion cristiana por los dones milagrosos que hizo Jesucristo á su Iglesia primitiva; y la verdad de

estos dones por el testimonio de los apóstoles y de los escritores de aquel tiempo, por la rápida multitud de conversiones que produjeron, y por el testimonio constante de la no interrumpida tradicion.

Ha explicado el desigmo de Jesucristo cuando fundó su religion, que era iluminar y reformar á los hombres.

Persuadir á los judios que su culto era ya insuficiente, y elevarlos á otro mas espiritual.

Despertar á los gentiles de su letargo, echar por tierra sus templos, desterrar sus ídolos, llamar á la fe cristiana los idólatras, y transformar hombres groseros y sumergidos en la carne y la sangre en hombres espirituales, castos, desinteresados y santos.

Enseñarles verdades duras, pero útiles y necesarias; sobre todo que nacieron pecadores y enemigos de Dios, que no pueden con solos sus esfuerzos salir de tanta miseria, que necesitaban de un Mediador, que este Mediador es Jesucristo, y que deben reconocerle y adorarle.

Que una empresa tan inmensa y difícil, que ningun hombre podia imaginar, fué ejecutada por Jesucristo, y con medios tan débiles y aun tan contrarios, que mas debian parecer obstáculos; pues para consumarla escogió pocos hombres, y estos pobres, ignorantes y sin autoridad.

Que léjos de animar su zelo con la promesa de